

el sentido del presente de la poetisa y sin estar desprovisto de dolor anticipado por la probable ausencia futura, no sólo canta lo que el sentido de la vista le dicta, sino lo que la posee de un disfrute temporal en que otra capacidad sensorial interna le hace intuir la belleza de "la eternidad que pasa". Su poesía no se fundamenta en el obvio dolor del no-ser, sino en el más trágico y sutil dolor que conlleva la felicidad del ser. No es una eternidad que sufre por su condición de tiempo, sino a la inversa, tiempo exultante por su condición de eternidad. Es mucho más trágico llorar en el paraíso, junto a la música de los serafines. ¡Sorprendente exilio!

J. G.

<https://doi.org/10.29393/At411-14ACJG10014>

*Los ángeles caídos y otros poemas*, de EDUARDO EMBRY. Editores Corporación Amigos Biblioteca B. Vicuña Mackenna, Viña del Mar, 1965

Eduardo Embry pertenece a la promoción poética anunciada nacionalmente por la Revista *Orfeo*. Sus poemas cumplen con los requisitos básicos que permiten añadirlo al grupo estudiado por Jorge Teillier en su ensayo *Los poetas de los lares* (Boletín de la Universidad de Chile Nº 56, 1965). La cuerda lírica que tañen es la añoranza de la provincia en cuanto pasada, en cuanto idealizada por una visión semiolvidada de infancia, en cuanto edad de oro o paraíso amenazado por el devenir que sólo la actitud de recuerdo hace presentir. El autor del prólogo (N. O. T.) señala con precisión uno de los rasgos definitivos de Embry: "Tal vez su poesía no se ajuste a lo que nos tienen acostumbrados ciertos jóvenes poetas: no canta martirios interiores ni siente el hastío de vivir. Más aún. Si tiene los ojos abiertos al pasado, más que un escape, es ésta una actitud de Anteo: volver al origen para afirmarse en sus raíces".

El volumen ha sido publicado en Valparaíso, gracias a editores viñamarinos, y ostenta dos premios: Primer Premio en el Concurso Nicomedes Guzmán organizado por el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile de Valparaíso (1964) y Segundo Premio en el Concurso de la Sociedad de Escritores de ese puerto (1964). El conjunto consta de diez poemas.

Entre la poesía que Embry pretende hacer y la que ciertos logros magníficos nos sugieren que podría realizar con mayor justeza dentro de su temperamento, hay cierto conflicto que no se resuelve a través del volumen. No creemos equivocarnos demasiado si afirmáramos que el poeta no posee el temperamento adecuado para este tipo de tendencia estética. Su recuerdo, aunque a veces afirme que es "nostálgico" (como ocurre en *Tarde*), tiene otros dones que lo alejan del romanticismo o del neorromanticismo. Hay atributos de frialdad en el buen sentido; suele abandonarse con valentía y audacia a elementos extrapoéticos como los nexos narrativos, la continuación explicativa de la estricta melodía lírica, la recurrencia al nivel ase-

verativo, informativo, con prescindencia frecuente de un puro nivel lírico-exclamativo.

Hay versos que sencillamente nos dan una información para ubicarnos en el espacio y el tiempo de la anécdota: "Al frente de la casa había un charco"; momentos de simple narración; "La hermana mayor ayudaba al padre a repintar el monopatín roto...", versos cuya única concesión a lo melódico es la eufonía provocada por la repetición de la "t", que se subraya al final de la estrofa: "en el fondo del patio".

En otros fragmentos se limita a aludir a la vivencia, sin tratar de comunicarla al lector: "Era fascinante oír la historia de nuestra higuera"... "Es bueno recordar que una vez fuimos niños"...

Al subrayar todos estos momentos que acercan la poesía de Eduardo Embry al antipoema, no pretendemos disminuir la calidad del poeta. Sólo señalamos que algo allí es inadecuado: la técnica con mucho del relajamiento a lo Nicanor Parra (sin sus valores) o la temática. Vemos un desajuste que frustra "estas" obras, aún cuando claramente podemos observar la potencia imaginativa que para nosotros es obvia. Pareciera que casi todo el libro es una concesión a gustos o disgustos transitorios.

Hemos hablado de la frialdad con un don: es clara la textura imaginativa de ciertas imágenes que nos hacen sospechar más bien un temperamento clásico, con sentido de la Forma: "Es la rosa que vive el instante señalado por la sonrisa", o "Alrededor del alerce engalanado, detrás del follaje de los sueños", o "Y a veces la mirada se hacía más profunda / y el charco se agrandaba como la luna creciente", o "Sus ojos se cerraron / con un fino golpe azul de volantines". Observamos en él no tanto el sentido del drama como la voluntad de belleza. La falta de vibración dramática es la que lo arrastra a la parodia y al humor.

Eduardo Embry se da a conocer como poeta, aunque con una fría sonrisa irónica en el rostro, como un risueño empezar desde el pasado, desde la niñez. Una alarmante seriedad disfrazada, sobre todo en presencia de la muerte ("Alguien muere en el barrio" y "Hermano ausente"), nos deslumbra: lo que el niño ve en su ingenuidad, lo que lo asombra y encanta, y el trasfondo oculto (aludido oblicuamente) que ha de apreciar el lector y que lo enfrenta de bruces a una realidad terrible. Es quizás esta capacidad de dejarse engañar la más relevante en la infancia vista por Embry. El niño es sólo un modo oblicuo y pudoroso de aludir a otros temas más graves. Por ello hablamos de seriedad disfrazada, y por ello pensamos que hay más de un mundo oculto, enmascarado en su poesía. El poeta no puede conformarse con esta sumisión al engaño, con esta aceptación de la infidelidad lírica. Creemos encontrarnos ante un Orfeo que silencia su verdadera aventura.